EL REGALO

Mamá debe estar asomándose al balcón a cada momento, a ver si me ve llegar por la calle de los Descalzos. Es tarde, y en el paseo sólo se ven ya los troncos oscuros de las palmeras y las inciertas luces de los barcos de pesca, que se bambolean muy suavemente en el río.

Hemos estado jugando hasta hace sólo un momento, cuando ya ni distinguíamos la pelota. El Juan ha metido tres goles y hemos ganado. Cuando le tocó escoger, después de echar pie con el Calixto, y dijo mi nombre, yo al Bayó, me puse la mar de contento, aunque luego me ha estado chillando durante todo el partido, que si pásala ya, idiota; que venga, pasmao; que no regateé tanto; ¿no vé que la pierde?; que si esto, que si lo otro. Pero, al final, ya digo, cuando no se veía ni jota, y nosotros íbamos ganando por seis a tres —ellos decían que eran cinco a cuatro—, y hemos terminado el partido, me ha dicho: «Mu bien, Bayó, así se juega.»

Luego nos hemos sentado todos, los de un lado y los del otro, a todo lo largo del banco de piedra, de espaldas al río. Hace ahora un poquito de fresco, y yo estoy pensando que tengo que irme ya para casa, porque mamá me estará esperando y me va a reñir, pero cualquiera dice nada, en seguida van y se ponen que si está cagao, vaya una palisa que te van a dá, esta noche te dejan sin sena, alemán; así que me callo la boca y me quedo quieto, sentado al lado de Juan, que está hablando de lo pronto que se va a ir con su hermano, en el barco, a pescar.

Claro, el Juan es el más valiente de todos. Siempre es el que nos lleva a los otros barrios, el que discute con el capitán de los otros, y luego, cuando llegan las pedreas, es él quien tira más fuerte y más de prisa. Pero ahora yo estoy deseando que alguno diga que se va para su casa, porque es tarde, y así no ser yo el primero y no me lluevan las burlas, hasta que me corren, porque yo tengo muy poca correa, y siempre se me acaban saltando las lágrimas.

—Mañana, cuando sargamo de l'escuela —dice el Juan—, nos'amos a í ar piná de La Puntiya, a cogé rano en la charca.

Bueno, así ya podemos irnos. Espero a que se levante el Pérez, que siempre le tiene más miedo a su madre que yo (mi madre me pega poco, pero la del Pérez sale corriendo detrás de él con una correa en la mano, y le da con la hebilla donde primero le coja), para después hacerlo yo y decir:

—Bueno, mañana nos vemos para ir al pinar.

—¡Ei, finoli! —grita el Juan, cuando yo ya voy corriendo, atravesando por medio de los parterres—, no corras tanto. ¡Como te vea el guarda te la vá a cargá!

Yo le digo adiós con la mano, pero no me ve, claro. Siempre me dice finolis, y me da mucha rabia, pero por más que hago no consigo hablar como ellos, que dicen deo, chalao, perdío y esas cosas, y yo digo dedo, chalado, perdido y eso. También me dice alemán, porque no soy de aquí y tengo el pelo muy rubio y hablo tan fino.

Míralo, lo que yo decía, mamá está asomada al balcón. Procuro que no me vea atravesar la calle, y me doy la vuelta por donde no llega la luz de la farola de la esquina. Me parece que de todos modos me ha visto, porque se ha metido para adentro. Ya verás como me está esperando en la puerta.

Pero no. Llamo y estoy esperando a que abra. Tarda un poquito, y se ve que está la mar de enfadada. María Dolores está jugando con sus muñecas en el cierro: a ella nunca le dice nada, y siempre la pone de ejemplo; ¿ves lo buena que es tu hermana?, no sé por qué tienes que estar en la calle hasta tan tarde; este niño (este niño soy yo) me va a matar de un disgusto. Siempre me dice lo mismo, y yo me mosqueo al principio, pero luego va y me lava las rodillas con la manopla y me peina un poco; como tu padre te vea así te va a poner bueno. Yo quiero mucho a mi madre, porque siempre me defiende delante de mi padre. En cambio mi padre es otra cosa... aunque yo también le quiero mucho, sobre todo cuando me lleva con él a trabajar, y yo ando detrás suya, y luego le aguanto la cinta métrica para que él mida los jardines, y diga a un hombre, Rafael, aquí tiene usted que poner un, y dice uno de esos nombres raros de árboles que él sabe. Mi padre dice a todo el mundo que él es francés, pero es mentira, es catalán. Ahora está de viaje.

—Tu padre está al llegar. Si viene y no te encuentra aquí, ya sabes lo que te hubiera esperado —me dice mamá, nada más abrir.

—Bueno, pero si es temprano, mamá, hay que ver.

—¿Ya has hecho los deberes?

—Pero si los hago en un momento, mamá. Si ya me sé la lección.

Como no se lo cree, le abro el libro de geografía y le digo:

—¡Tómamela, ya verás!

Pero ella se va a la cocina, y yo me siento a la mesa y le saco la lengua a María Dolores, que ni me echa cuenta, jugando con sus muñecas en el cierro.

—¿Y el niño?

Mamá no se ha enterado. Chirría la carrucha. Debe estar sacando agua del pozo (el pozo está en la misma cocina: se abre como una ventana, y se ve un hueco oscuro y hondo, hondo; a mí siempre me ha dado mucho miedo; muy lejos se ve, cuando es de día, brillar el agua, muy honda: mira que si un día te caes, pienso siempre, y por las noches no puedo dormirme pensando eso). Grito más, y me levanto y voy a la cocina.

—¿Y el niño?

—¿Quieres callarte, demonio? ¿No ves que vas a despertarlo?

Bueno, en esta casa todo es el niño y María Dolores. Y uno, ¿qué? Me voy otra vez a la mesa y me pongo a hacer la división de cuatro cifras; como papá me la repase y vea que está mal, para qué quiero más. Me pone el culo como un tomate (siempre dice: te voy a poner el culo como un tomate).

El Juan debe estar comiendo ya, con su hermano y con su hermana. El hermano de Juan trabaja en un barco, y sale a pescar casi todos los días, y muchas veces se está muchos días por ahí, en alta mar, y no viene a dormir a su casa. La hermana del Juan tiene muy mal genio y siempre va vestida de negro. É por mi padre, ¿sabe?, dice el Juan. Pero cuando vamos a buscarlo al Juan a su casa, siempre sale la hermana refunfuñando, que si no está, vaya un niño pesao, tó er día lo mismo, iro ya por áhi, dejarlo tranquilo. Pero al cabo del ratito, el Juan baja las escaleras corriendo, haciéndonos gestos, como diciendo, venga, corré ya, que va a vení mi hermana chiyando y nos tira un cubo de agua susia, ¡buuu! El Juan no tiene padres. Dice que los mataron cuando la guerra. Papá y mamá hablan a veces de la guerra. El Juan dice que es una pelea grande, donde hay muchos tiros y se mata a mucha gente. Yo la he visto en el cine. A mí siempre me da miedo de que llegue una guerra.

Mamá ya está poniendo la mesa, y yo me he ido con María Dolores, al cierro, a hacer los deberes tendido en el suelo.

—¡No vayas a ensuciarte otra vez! —me grita mamá, con los brazos en jarras. Luego se pasa la mano por el pelo, muy negro, y se arregla un poco el moño. Mamá es muy guapa. Papá es calvo. El Juan y los otros siempre lo dicen: er padre d'éste é calvo.

Entonces llaman a la puerta y todos sabemos que es papá, que ya ha llegado. Mamá deja la mesa a medio poner y corre a abrir. Yo recojo en un puñado los libros y los cuadernos y los lápices y corro detrás de ella. Seguro que trae alguna cosa. María Dolores me ha puesto la zancadilla y por poco doy de boca en el suelo. ¡Me cago en la mar! ¡Como la coja la hago papilla! Además, míralo, ya lo ha dejado todo por el suelo. Si llego a ser yo, me la gano. ¡Ojú! ¡Me da una rabia!

Mamá le ha dado un beso a papá, y María Dolores también. Y yo. Papá trae una maleta grandísima que ha dejado en el suelo para coger a María Dolores y darle vueltas y vueltas, y ella se ríe, y luego cuando la pone otra vez de pie, se ríe más y se tambalea, porque está mareada de tanto dar vueltas. A mí me ha dado un beso en la cara y un cogotazo flojito. De pronto, descalzo, y restregándose los ojos, medio dormido, aparece el niño.

—A ver, ¿qué dice este hombre? —grita papá en cuanto le ve. Mamá está otra vez en la cocina. Todos vamos de aquí para allá.

—Pero, ¿dónde va esta micurria? —dice papá, cuando me ve coger la maleta.

La maleta pesa una barbaridad, y me llega a la cintura. Me pongo más colorado que un pimiento, la agarro por el asa con las dos manos y consigo levantarla un poquito. Doy dos o tres pasos y me tambaleo y se me corta la respiración.

—Pero, ¿es que no lo ves, hombre? Qué quieres, ¿que se quiebre el pobrecito? —mamá me quita la maleta de las manos y la lleva, como si fuera una pluma, hay que ver, al cuarto—. ¡Qué cosas de dejar hacer al niño!

—Déjale, mujer. ¿No ves que ya quiere ser un hombre?

En la mesa, cuando papá se echa un pulso conmigo, me deja que le coja con las dos manos.

—¡Eh, eh! —dice—. Sin levantar los codos de la mesa, sin levantar los codos de la mesa.

Seguro que me deja que le vaya torciendo poquito a poco el brazo. Yo estoy que reviento, de la fuerza que hago. Luego, cuando ya casi, casi, ay, que ya está, casi hago que toque la mesa con los nudillos, va y levanta el brazo, despacio, y yo me levanto y me pongo de pie en la silla, me reguincho, pero papá sigue levantando el brazo, hasta que me da la vuelta, y aprieta mis dos manos contra la mesa, y aprieta y aprieta, hasta que se me saltan las lágrimas, pero no digo nada, hasta que me duele tanto que digo ya está, papá, no me aprietes tanto, que me haces daño, suéltame, y papá sigue apretando, apretando...

—¡Qué te parece el mocoso! —dice, cuando al fin me deja las manos y yo me quedo callado y mohíno, frotándome una mano contra otra, para que se me quite el amoratado de los dedos—. ¡Qué te parece el mocoso!

Pero siempre es papá quien empieza y quiere echarse los pulsos.

Mamá ha vuelto del cuarto con unos paquetes en las manos.

—¡Niños! ¡A ver qué ha traído papá!

¡El despiporren! El niño se ha subido encima de la mesa. María Dolores está sentada, muy quietecita, con las manos entre las faldas, mirando con los ojos muy grandes cómo mamá deslía los paquetes. Mamá ha sacado unas bragas, y mira a papá, y se pone muy colorada. Papá se ríe muy fuerte. Yo no entiendo ni pum de lo que está pasando.

—¡Por curiosa! ¡Chafardera! —dice papá, y cada vez se ríe más fuerte.

Yo estoy en la luna de Valencia, que es lo que dice papá cuando no se entera de las cosas, o cuando se entera después de estar mucho tiempo sin enterarse. Entonces va y dice: y yo en la luna de Valencia. Pues eso, yo en la luna de Valencia.

Mamá ha vuelto a hacer el paquete, nerviosa, y mira a papá medio riéndose, medio enfadada. Luego saca, de otro paquete chiquitito, unas castañuelas, con unos lazos amarillos y colorados; eh, mira qué hay aquí, me parece que ha dicho, pero ya María Dolores ha dado un brinco y se las ha quitado de las manos, se las pone como una loca y va dando saltos.

—¡Pero si no sabes tocarlas! —le digo, yendo detrás de ella, a ver si me las deja poner a mí. Luego me acuerdo de que quedan más paquetes por desliar y me vuelvo a la mesa. Mamá está sacando un tren grande (la máquina, un vagón, otro vagón, otro vagón todavía, y venga pedazos de vía, y una caseta que debe ser la estación, y un poste con un cartel que dice atención al tren doble vía, puesto así como si fueran las aspas de un molino), y lo está montando encima de la mesa, apartando los platos.

—Que't sembla, nen?

Papá, al niño, a veces le habla en catalán y a veces no. Yo lo entiendo, pero no sé hablarlo.

Pero, bueno, los paquetes se han terminado. ¿Y entonces?

Mamá mira a papá de un modo raro, y luego me mira a mí. Me parece que me voy a echar a llorar, ya verás. Salgo corriendo y me meto en el cuarto y cierro la puerta, mientras oigo que mamá le dice a papá deberías tener más cuidado, te crees que no se da cuenta. Y arranco a llorar.

El Juan siempre dice que su hermano le ha dicho: tú ya eres un hombre, así que te vienes conmigo en el barco este verano. El Juan va a cumplir doce años.

Yo sólo tengo ocho. Pero a lo mejor también soy ya un hombre y es por eso que papá no ha traído ningún juguete para mí. Porque los hombres no tienen juguetes. El Juan siempre lo dice, cuando los otros, por Reyes, sacan sus cosas y él no tiene nada. Claro, es que los hombres no tienen juguetes. Eso debe ser. Y ya no lloro; la próxima vez que papá quiera echarse un pulso conmigo se las va a ver negras, porque yo ya soy un hombre y le voy a ganar.

JOSE BATLLO

Valencia, 29 3.º 1.ª
BARCELONA - 15